

quilinos ellos mismos. Fernando Santiván y Mariano Latorre, podrían citarse entre estos últimos. Se produce de este modo una literatura más vital, más trascendida de humanidad.

Nicomedes Guzmán realiza en la ciudad esta etapa que aquellos escritores realizaron en el ambiente rural, con la ventaja de que él es actor del mismo medio que pinta. Pero... ¿hay necesidad de que recurra a ese crudo naturalismo que emplea al transcribir las expresiones procaces del pueblo, con tan reiterada frecuencia para dar la sensación de la realidad? A la larga esto puede constituir una grave falla. Por lo demás no es una audacia de última hora. Zola hizo gala de ella en Francia, hace sesenta años. ¿Y los romanos y los griegos? No nos dejemos arrastrar por ciertos influjos malsanos destinados a negar el honrado esfuerzo de otros, halagando a fardo cerrado a un joven escritor de excepcionales facultades naturales. Es con gente de esta calidad con quienes hay la obligación de ser más sinceros.

TRES CUENTOS DEL NORTE.

La pampa del salitre es el prodigioso venero literario que los novelistas chilenos aun no han tocado en lo hondo de su poderoso contenido vital. Montenegro, Koenenkampf, Garafulic y V. D. Silva han trazado sobre esas vidas, apenas leves rasguños. La existencia del pampino permanece inédita a tal extremo que no es un error afirmar que lo más interesante de un extenso sector de la vida chilena, se perdió quién sabe si para siempre, de la creación artística.

Ahora estos jóvenes escritores de Antofagasta han publicado con este título, en un pequeño volumen, tres cuentos premiados por la Municipalidad de Antofagasta, estimulando la cultura y el conocimiento de esa zona por este medio que en realidad tiene más importancia y valor que todos los folletos de propaganda desordenada que pudieran hacerse. Mario Bahamonde, Arturo

Ramírez y Manuel Durán son autores de estos tres cuentos, cuyo escenario es esa región en la cual se han desarrollado las más épicas hazañas de esta raza que vive entre el mar y la montaña.

«El cara 'e Picante», el cuento de Bahamonde, es la historia de un roto pampino que quiere gozar unos momentos de dicha, de conocer lo que es darse gusto en todo lo que el cuerpo pide. Mas, ¿cómo hacerlo cuando falta el dinero? Entonces deja que los veloces engranajes de la máquina con que trabaja le lleven un dedo, para poder cobrar la indemnización correspondiente. Cobra el dinero, se remuele la plata y todo pasa como un alegre sueño. ¿Qué más? Pero lo tomado nadie se lo puede quitar al Cara 'e Picante. La dicha de los pobres es mínima, y al fin y al cabo es felicidad. Y el Cara 'e Picante la conoce a costa de un duro sacrificio, sin arrepentirse después de lo fugaz que ha sido. El personaje está pintado con gracia, con vivacidad sabrosa y típica. Como éste de Mario Bahamonde podrían hacerse cientos de cuentos de la pampa del salitre. Ojalá que persista el mismo autor y sus compañeros en este camino. El cuento de Ramírez denuncia a un temperamento más poético. Es la historia de un amor que echa a perder una ráfaga de desgracia. Hay cierta vacilación en la pintura de los caracteres y del ambiente. Pero se ve que va por la verdadera huella. Igualmente Manuel Durán, que nos presenta a Lucho Rivera, que, con sus sesenta pesos en el bolsillo, rehusa de pronto el placer que se le ofrece en las caricias de una cortesana, para llevarle ese dinero a su mujer y a sus chiquillos que sufren los efectos del hambre, por una larga cesantía que no ha podido solucionar. ¡Hermoso tema, sin duda! Pero Durán lo cuenta sin perfilar la silueta de sus personajes ni dar detalles objetivos de las escenas. Y, sin embargo, quien sabe por qué curioso fenómeno el caso de Lucho Rivera se queda en la mente, como uno de esos milagros que suelen florecer en el corazón de

los hombres cuando el dolor y las desventuras no han logrado corroer su espíritu.

LOS VIAJEROS OPUESTOS.

El poeta Andrés Sabella, acaba de publicar una «Separata» de este trabajo publicado en el N.º 221 de «Atenea». Es un diálogo como lo indica el subtítulo, que le sirve de pretexto para decir cosas ágiles, finas y sugerentes acerca de la inquietud que domina en el cerebro o en el corazón de aquellos hombres, para quienes la poesía es como la sangre arterial sin la cual no se puede vivir.

Un hombre y una mujer hablan sobre los sueños que los envuelven como sutiles nieblas. Y como bien se comprenderá, es el poeta el que habla a través de estas dos siluetas que se animan de pronto y dan la impresión de que nos encontramos ante una escena de teatro moderno, en el cual hay cierta hondura y no poca delicadeza para divagar acerca de temas en que es muy fácil caer en manidos conceptos. Pero Sabella tiene una relampagueante fábrica de imágenes. Saltan, juegan, viborean y asoman en la sombra como sierpes rutilantes, próximas a lanzarse sobre una palabra que no alcanzó a definir un concepto. Es un diálogo que rezuma poesía hábilmente diluída. Y Andrés Sabella es el mago que nos hace pasar un instante tan delicioso, como cuando contemplamos un fuego de pirotecnia. No es necesario acordarse de los colores y de las figuras que sobre el cielo trazaron. Pero nos sentimos felices, porque nos entretuvieron.

LA CIUDAD DORMIDA.

Lautaro Yankas, autor de «Flor Lumao», «La llama» y otros libros de innegable calidad, acaba de publicar con este título